

La Gran Vía

Revista Semanal Ilustrada

AÑO III

Madrid 30 de Octubre de 1895.

Núm. 122.



POR LOS MUERTOS

Sola, en su pobre vivienda, ora postrada de hinojos por sus queridos difuntos. No va en confuso tropel á formar parte de esas escandalosas romerías á los cementerios; pero no olvida á los suyos, y por ellos reza, en tanto que numerosas lamparillas chisporrotean, consumiendo el aceite que ofrece á las ánimas por el alma de sus difuntos.

Actualidades.

—Muchacho, que hay que velar también esta noche.

—Y llevamos quince haciendo lo mismo.

—¿Qué murmuras?

—No murmuro, maestro...

—Por lo demás, ya sabes que esta es la única época del año en que se mueve algo el oficio. Avisa también al oficial, porque hay que poner un asa á una urna, componer unos candelabros, poner más narices á un ángel de mármol y corregir el letrero de la lápida.

—¿Cuál letrero?

—El de don Juan Matute, empleado en consumos. Hay que borrar esto último, porque, según la familia, lo de Matute y lo de consumos, no pegan bien juntos. También hay que terminar á escape la lápida del vecino del principal.

—Pero, ¿si no se ha muerto todavía!...

—No importa; su señora es muy previsora y quiere darle la sorpresa de que él mismo vea su lápida y diga si le gusta.

—¡Ah, maestro! Me había olvidado decir á usted, que esta tarde, mientras estaba usted en el café, vino un señor pidiendo una corona que dijera en su inscripción: «A mi suegra.»

—Y ¿qué le dijiste?

—Pues ¿qué había de decirle? Que aunque tenemos grandísimo surtido de coronas, de esa inscripción no hay ninguna, porque no se estilan.

—Pues sí que tengo una. Me la encargaron cuando la señora vivía aún, sin duda para darle otra sorpresa como la que nuestra vecina prepara á su marido; pero se puso buena, y ya no la quiso el parroquiano. Una vez que me le encontré en la calle le hice cargos por su falta de formalidad y él se limitó á contestar: «Ande usted, que mas he perdido yo.» Insistí en que eso no era cuenta mía y él me dijo: «Pídale usted á Dios que vaya á recogerla pronto.»

—Pues puede que fuera el parroquiano de hoy.

—No lo creo; porque ayer precisamente vino aquí una señora muy decidida y alegre y me encargó otra corona que dijera: «A mi yerno.» Sin duda alguna, es la suegra que ha podido más que él y le ha enterado...

* *

—¡Eal Mandemos ahora el suelto á *La Correspondencia*, como todos los años.

«El soberbio monumento que en el cementerio de Santa María ocupan los restos del conde de Villaumbria, estaba ayer resplandeciente de lujo y riqueza. Catorce sirvientes de la casa, vestidos de uniforme, atizaban los trescientos blandones que lo rodeaban y otro cuidaba exclusivamente la vitrina que guardaba todas las placas y alhajas que pertenecieron al difunto. En la entrada del cementerio se repartía gratis una corona poética costeada por el actual poseedor del título, que todos los años demuestra su grandeza y esplendor en este día. Así es como se per-

petúa la nobleza y como se hacen los títulos dignos de la admiración de sus conciudadanos.»

—Pepe, lleva este reclamo á *La Correspondencia*, para mañana sin falta... ¡Ah! Regatéalo bien antes de que te extiendan el recibo.

* *

—¿Está usted visible?

—Sí, Joaquín, entre usted. Supongo que vendrá á darme cuenta de mis encargos.

—Todos están cumplidos.

—¿La lápida?

—Colocada ya y con su cierre de flores naturales.

—¿Y entró toda la inscripción?

—Algo estrecha ¡pero entró! Aquí traigo el borrador. Vea usted.



AQUÍ YACE

DON MELQUIADES BORREGON

FUNDADOR DE LA FÁBRICA DE PASTAS «LA INDUSTRIAL»

SITUADA EN LA CALLE DEL COLMILLO, 101

(Teléfono, 398.)

Venta al contado y á plazos.

Exportación á provincias. Precios fijos.

Se desean comisionistas.

SU INCONSOLABLE VIUDA

DOÑA ENGRACIA MARTÍNEZ CALACUERDA

le dedica este recuerdo.

R. I. P.

—¡Pobre Melquiades! ¡Qué ajeno murió de que no hacía maldita la falta en el mundo para el crédito de su establecimiento!

—Gracias á usted, que tiene verdadero genio comercial.

—Y gracias también á usted, Joaquín, porque sin un hombre de su arranque ¿qué haría una triste viuda?

* *

—¿A dónde van las buenas mozas?

—Las buenas mozas no lo sé; pero yo voy á comprar lamparillas para encenderlas por el alma de mi difunto.

—¡Ah! usted es viuda...

—Sí, señor, desde que se murió mi marido.

—Lo decía, porque si no tuviera usted mucha prisa y quisiera aceptar unos buñuelos...

—No me lo diga usted, que así conocí á mi difunto y en tal noche como la de hoy.

—Pues eso me demuestra que entonces aceptó usted el convite..

—Vaya, no le haré á usted el feo de desairarle.
 —Conque dice usted que en tal noche como hoy...
 —Sí, señor; yo había salido á entregar unos chalecos—porque yo soy chalequera, para servir á Dios y á usted—y me le encontré. Me convidó á buñuelos en los portales de Ciudad Rodrigo, y no supe decirle que no. Luego quiso que fuéramos á un teatro en donde echaban *Don Juan Tenorio*, y allí me acabó de atontar. En fin, caballero, cuando en el acto cuarto, don Juan dice aquello de

¿No es verdad, angel de amor?...

mi hombre, mirándome tiernamente, me dijo: «¿Ha oído usted lo que dice ese tipo? Pues yo le diría á usted lo mismo, si supiera decirlo.»

—Y usted, naturalmente...

—Yo, naturalmente; que tuviera lo dicho por doña Inés como si hubiera sido dicho por mí. Después nos casamos y pocos meses más tarde, estando mi marido en una casa de juego, se equivocó tallando y se metió una carta en la manga, en vez de echarla sobre el tapete; se armó bronca, volaron las sillas, se apagaron las luces y el pobre recibió una navajada que al pronto pareció que no era peligrosa, pero que se llevó al otro mundo.

—¡Ea! Nada de recuerdos tristes, que ya estamos en la buñolería.

—Porque no lo leve usted á mal...

—Mozo, medio kilo de buñuelos, y deje encima de la mesa la botella del aguardiente.

....., ..

—¡Las doce de la noche ya!

—¿Y qué prisa tiene usted, no dependiendo de nadie?

—Lo decía porque no encontraré abierta ninguna tienda en que comprar las lamparillas.

—Siento que por mi causa....

—No hay que sentirlo. Que se pase el difunto sin luminarias, que yo también me acuesto á oscuras.

*
* *

—¡Ese duro de la sota es mío!

—¡Es mío!

—¡Esto es intolerable! exclama el de cabecera. Hace veinte minutos que estoy tallando y ya se ha repetido siete veces la escena.

—No es extraño, exclama un *croupier*. ¡Estamos en noche de difuntos!

M. OSSORIO Y BERNARD.



ECHEGARAY, CICLISTA

Echegaray, el dramaturgo insigne, ha efectuado su primer *record*, haciendo época en la historia naciente del ciclismo en España. Acto tan importante, ha sido solemnizado con un banquete en los Viveros. Es lo menos que podían hacer los ciclistas en honor del ilustre y entusiasta compañero.

EL CIPRÉS

ESTAMOS en los días de la conmemoración de los difuntos, y si alguna vez nos habíamos de ocupar del árbol cuyo nombre ponemos de epígrafe á este artículo, nunca en mejor ocasión, porque verdaderamente, el día de los difuntos es el día del ciprés.

No perdido en los inmensos bosques de los grandes continentes, sino entre el bordado laberinto de las florestas griegas, brota espontáneamente el ciprés *amigo del hombre*, desde los tiempos más remotos, como el cosmopolita, y tan fiel en la amistad, que tras de servirlo mientras vive, también después de muerto cariñosamente le acompaña.

Los botánicos lo han alistado en la inmensa familia de las coníferas, como compañero del cedro y del alerce, del pino y el enebro.

Todos conocemos al ciprés, piramidal, de aguda cima, de tronco recto, hojas imbricadas, siempre verdes y fruto icosaédrico que la planta produce tres veces por año; en Enero, en Mayo y en Septiembre. Estos frutos, llamados nueces de ciprés y galbalos, así como las hojas machacadas, han sido muy usadas entre los antiguos alesifarmacos como astringentes, vulnerarias, antípicas, y modernamente también algunos médicos han vuelto á resucitar su aplicación.

Su madera es dura, elástica é inco-ruptible. Con ella, ya en tiempo de Salomón, se hacían lujosos artesonados, y las puertas de San Pedro de Roma, que duraron seiscientos años sin el menor deterioro, siendo de madera de ciprés, atestiguan sus excelentes cualidades como materia de construcción idumen-
taria.

En urnas de ciprés, griegos y romanos guardan las cenizas de los cuerpos cuya *pyra* había sido también formada de ramas de este aromático árbol, entonces consagrado á Plutón, y sirviendo ya para funerarios usos. Conociase también desde muy antiguo los excelentes resultados que produce la respiración del aire que circuye á estos árboles bienhechores, cuando vemos á los sacerdotes griegos mandar á los enfermos del pecho á la isla de Creta, donde, según un célebre escritor español, nacían muchos y *muy viciosos* cipreses, de donde los dolientes volvían muchas veces sanos.

Las flores masculinas del ciprés están colocadas casi siempre más bajas en la planta, que las femeninas; de modo que la fecundación se verifica de abajo arriba: en la época que podemos llamar de celo, de los amores, el pólen de los estambres se eleva en el aire en sutilísima y fecundante nube hacia las flores hembras, inundando de tenuísimas partículas balsámicas toda la atmósfera que rodea el árbol; este curioso fenómeno, cuando se verifica en una plantación algo extensa y numerosa de cipreses, modifica profundamente el aire, y su higiénica influencia habitual es en este tiempo mucho más activa.

El ciprés tiene también otra manera de limpiar la atmósfera, haciendo perecer á los insectos, que muer-



ren pegados á la resina que destilan el tronco y las hojas y á una sustancia como grasienta de que siempre está más ó menos impregnado este vegetal.

El conocimiento prácticamente empírico de estas admirables propiedades marcan el destino del ciprés; los antiguos sacerdotes paganos y después los monjes lo utilizaron sabiamente, probando esto que la higiene y la religión casi siempre fueron unidas. Por eso donde asoma la cima de un ciprés, se sospecha la silenciosa existencia de un convento ó un cementerio.

Tampoco sabemos si el ciprés, que así como el laurel tiene fama de evitar la caída de las exhalaciones eléctricas, fué colocado por los monjes con este objeto junto á las iglesias y en los calvarios donde se reunía al aire libre el pueblo, para que sirviese como un pararrayos vegetal.

La imagen del ciprés y la idea de la muerte vienen simultáneamente á nuestra imaginación, y este dualismo simbólico ha hecho que no se coloque este árbol ni se extienda más su cultivo entre las plantas decorativas de los parques y jardines, siendo así que se conoce prácticamente su beneficioso influjo sobre la salud: esta preocupación debe destruirse: el ciprés no es el símbolo de la muerte del organismo, del cambio de existencia de la materia, el ciprés es el

amigo, el protector del hombre, y tiene la representación del amor del prójimo, como así lo expresó San Ildefonso en su elegante *Itineri Deserti*, donde á la vez lo considera como símbolo de perfección por su belleza, diciendo que es en unión del cedro, á quien da otra alta significación, *dilecti Dei et proximi*.

La objetividad del ciprés, que destaca su severa silueta sobre el azul de la atmósfera, y parece, al elevarse, una plegaria de esperanza de la tierra al cielo,

tiene mucha semejanza con la figura escuálida del asceta que con los brazos cruzados y la capucha calada reza ó medita sumido en la contemplación.

Porque el ciprés viene á ser el monje entre los vegetales dentro del recinto del recogimiento, siempre en lugar sagrado, purificando el aire, haciendo bien, como rezando, junto á los despojos de los hombres.

JOSÉ PARADA Y SANTÍN.

Crónica de Arte.

I

NADA halagüeño es el principio que en cartera existe para encabezar esta *Crónica*, y lo es aún mucho menos pensar que del mismo estilo que el principio, será el medio y casi seguramente el fin.

¿Que el arte está abandonado? Dirá algún Consejero responsable: bueno, ¿qué falta nos hace ese arte, si precisamente tenemos uno que es la admiración de propios y extraños?

Ahora bien, nosotros á pesar de eso, y de que somos tan españoles como otro cualquiera y de que aplaudimos en los medios, nos quejamos y nos quejaremos del abandono, aunque nuestra *Crónica* resulte una pura lágrima, siquier sea por no desafinar en el general acorde que entona España.

No hay, pues, más camino para encabezar esta *Crónica*, sino condolernos, en primer término, de que la organización y custodia de las Bellas Artes, sea cosa encomendada á personas totalmente desconocedoras del asunto.

Porque desconocimiento, ó lo que es aún peor, mala intención se necesita para sujetar las obras de arte al fallo de un periodista.

Desconocimiento; pero mucho desconocimiento es preciso para organizar las enseñanzas artísticas bajo la égida del cálculo infinitesimal, suponiendo quizá, que el buen gusto se encierra en las ecuaciones y que los doctores en ciencias pueden formar los futuros artífices que den gloria al arte nacional.

Y aun algo más desconocimiento es preciso todavía para tasar los cuadros como valores despreciados aprovechándose del patriotismo y la escasez.

¿Cómo no quejarnos de todo esto? Tan poco valor se presta á estas manifestaciones, que lo ordinario y común en otros países, resulta aquí extraordinariamente extraño.

Así sucede, por ejemplo, que ahora se verificará una Exposición en Berlín, y el Gobierno español, no solo no toma las oportunas medidas para concurrir á ella, sino que ni aun se da por aludido.

Y por semejante estilo, muchas más cosas que sería enojoso nombrar, pero que si ocasión oportuna llega aunque hiera susceptibilidades, no retrocederemos en pro del interés colectivo.

Este es el exordio con que tenemos que empezar estas *Crónicas*, y tal será muy á menudo el carácter que envuelvan, porque no teniendo para nuestra defensa más derecho ni más apelación que ésta, aunque restringida, usaremos de ella y en términos que conciban toda la amplitud y fuerza que sea precisa.

Descartamos en absoluto el carácter empalagoso de esas críticas que no se crean más que para alabar y formar efímera reputación á una personalidad.

Aquí tendrán los artistas una crítica razonada, amplia, apartada de todo pensamiento egoísta, un heraldo defensor de sus intereses en cuanto quepa, así como también un censor de sus deberes.

Iniciando una nueva sección, ya que no hay periódico alguno que lo haga, tendremos una revista de arte extranjero y una noticia detallada de cuantas Exposiciones se verifiquen fuera de España.

Como preludio, como saludo y principio de nuestra *Crónica*, hemos dicho bastante. En la próxima nos ocuparemos en los concursos de la Academia y de varias Exposiciones de Bellas Artes, indicando los medios que pueden emplear nuestros artistas para llevar á ellas sus obras.

ACEL

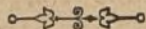


Nos decía Santiago Regidor, explicándonos el momento en que concibió este asunto:

«Era el día de difuntos; caminaba por un campo árido, triste, tristísimo. En el centro vi una cruz; a pie un perro, sucio, descarnado, enfermo; al fondo las puras y cristalinas aguas del lago Como. Me aproximé á la cruz y leí: «Muertos de contagio.» Entonces me expliqué la soledad y el dolor de aquel campo. El mundo huía temiendo el gérmen infeccioso del contagio, y sólo el fiel perro acudía en día tan solemne á lamer la tierra que cubría acaso el cadáver de su amo,

(Composición y dibujo de Santiago Regidor.)

DUDAS Y TEMORES



¿Está malo papá?

¡Oh, sí! Acaso esté muy malo, con sangre y con fiebre; en un hospital infecto, sobre una dura cama, á cuya cabecera no vela el amor del hogar.

¡Qué vida desde que él se fué! Desde el instante que la dejó en soledad espantosa, en medio de una multitud que vitoreaba á España y al ejército con vivas que ahogaban los sollozos de la infeliz esposa...

Debiera estar exhausto el manantial inagotable de las lágrimas: el pecho sin suspiros; el pensamiento cansado ya de las eternas noches sin sueño.

Su batallón ha entrado en fuego; la lucha ha sido reñidísima, y muy cara la victoria alcanzada; ha costado muchas vidas, muchos hijos á las madres, muchos amores para siempre idos.

El cable comunica la noticia con laconismo desesperante, y lleva la incertidumbre angustiosa á las pobres mujeres, tal vez viudas ya, que todo lo ven sombrío á través de sus lágrimas.

—¿Está malo papá?

Es una pregunta que suena á fatal augurio, y que viene á fortalecer la punzadora creencia de una gran desgracia.

Y estrachando contra su pecho al hijo de su amor, mojando con sus lágrimas las frescas mejillas del niño, eleva al cielo sus ojos hermosos, cansados de llorar; y con el alma prosternada pide á Dios por él con palabras y con pensamientos llenos de fe, que al llegar á la altura no sabemos si son oraciones por el vivo ó plegarias por el muerto.

RICARDO VINUESA.



BIEN; PERO...

Jura Lola que es mujer
distinta de las demás.
Conformes. Falta saber
si vale menos ó más.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

RETAZO

En San Vicente de Alcántara,
provincia de Badajoz,
un joven de pocos años,
hijo del enterrador,
ha atropellado á dos niñas
y casi mueren las dos,
una por los malos tratos
y la otra por el terror.
Después de todo, ese chico,
según mi pobre opinión,
merece que le perdonen
pues con su instinto feroz...
¡quiso evitar que su padre
no tuviera ocupación!

JOSÉ RODAO.

EPIGRAMAS

Defendiendo á un escritor
muy malo, dijo García:
—Aún puede hacer algo bueno,
pues es joven todavía,
Y al oír esto contesta
Gutiérrez, que es muy bromista:
—Si algo bueno puede hacer
es no escribir en su vida.

—Hombre, ya me va cargando
que, al cobrarme, el camarero
haga sonar la moneda
dos ó tres veces lo menos.
—Es que pudiera ser falsa.
—¡Precisamente por eso!

Por su genio singular
está el pobre Baltasar
á un canario comparado,
pues desde que se ha casado
no ha cesado de trinar.

EDUARDO GUILLAR,

Desde la platea.



El pasado más de una hora con las cuartillas delante, la pluma entre los dedos y en prensa la imaginación, sin tropezar con la frase que podría servirme de lúcido comienzo á este breve trabajo.

¡Y sobran frases hechas para sacarme del aprieto sin la menor tortura!

Un recurso:

«Después de tantos años,» etc., etc., y seguir sería y correctamente, dándome aire de pedagogo puesto á enfriar.

Otro:

«Decíamos ayer...» etc., etc., y con alientos de sabio doctor, ponerle cola con ídem á este manoseado exordio de Fray Luis.

Otro aún:

«¡Ya estoy aquí, amigos míos!» y hacer con gracioso desenfado una presentación á lo *Tenorio*.

Pero ¡nada! Yo deseo empezar de un modo nuevo y originalísimo; escribir en mi primera cuartilla un pensamiento delicado y oportuno, que me reconcilie con mis amables lectores y me procure la simpatía de los que antes no lo fueron míos y ahora lo serán.

Hago un esfuerzo titánico, de ruda concentración, la pluma retiembla, la tinta corre. ¡Oh! ¡Qué idea tan inspirada y luminosa!... La pondremos en cursiva para que destaque más, y recomendando á los cajistas mucho cuidado: no aparezca en esos tres renglones una sola errata, que sin duda enturbiaría la pureza del pensamiento. ¡Así!

Zaqdopmn kpnñrst corstux y uteir moñuspqrsc cimrnksta zaamnqtsu prstuvo dekpsüü kazmuño arstmnzçaz. Kwañños kimzspqrç lubclrpqu zmndclrñs y béafi-u? Khmgoprñns mcdñ úmez utrsiz ochcfi rcrz ñs?esijghymni klqrhf qui wutz çyófluvæz äfexi?msqbd atm östgñsen.

Con esta noble disculpa, creo que todo me será perdonado

Y continúo sin tropiezos.

No hablaremos ya de las inauguraciones: quedan á mucha distancia y no reúnen bastante interés para insistir en la mayor ó menor *solemnidad* que revistieron; promesas no son pocas las que nos anuncian; esperamos para revistarlas á que sean realidades, porque la *fruta de cartel* madura pocas veces. Pero á pesar de no ser optimistas debemos advertir que la temporada se presenta bajo buenos auspicios.

En el Español ha pegado bien la obra de Rojas *Entre bobos anda el juego*, en la cual Donato Jiménez hace maravillas y Mendoza primores.

De María Guerrero nada quiero decir por cuenta propia, cuando mi opinión se ajusta en todo á la de un señor *Publicio*, que manifiesta la suya en tales palabras:

«María Guerrero, muy bonita, muy dulce, muy amorosa y más mujer que otras veces. Creí notar más encanto en su pasión, y si no más brillo en sus ojos, más fuego en su mirada. Indudablemente su temperamento artístico se perfecciona y contornea con el estudio y con las enseñanzas de la vida, que son escuela indispensable del cómico; para lograr que un personaje se haga sentir, no es necesario conocer por experiencia los mismos accidentes del personaje, pero sí tener *aptitud sentimental* para realizarlos en iguales condiciones; entre la *concepción* de algo y su *realización*, queda mucha distancia; pero para concebirlo solamente se hace indispensable, como para llegar á realizarlo, saber *sentirlo*; y disponiendo de los medios de *exteriorización*, que distinguen al cómico (y sin los cuales no sería tal), concibe lo que siente, y exteriorizándolo á su modo, lo *realiza*. María Guerrero, que siempre dibujó sus damas elegantes y discretas, apunta poco á poco en sus creaciones, tintas calientes y apasionadas notas. Así, perfeccionándose con el estudio, y sin desvanecerse con sus méritos reconocidos, procurando conquistar los que no le ofrece tan fácilmente su naturaleza, llegará sin duda, y por merecimientos propios, á ser una actriz en todo el valor de la palabra.»

El primer estreno en el Español será *El estigma*, drama del Sr. Echegaray, el viejo coloso, el infatigable atleta, el genio robusto y atractivo de las grandes emociones y de los tristes desencantos. Después debutará en aquella casa el joven Ansorena, escritor culto y ameno, que habiendo recogido laureles con sus poemitas, libros novelescos y comedias en un acto, pretende ahora *doctorarse*, y es posible que lo consiga.

En la *Comedia* fracasó en absoluto el género francés, en el que la nueva empresa María Mario sin duda confiaba; y bien lo demuestra con el solo hecho de abrir el teatro sin otro recurso ni más obra original *dispuesta* que la de Sánchez Pérez, cuyo fracaso produjo intenso frío en la dorada jaula de la calle del Príncipe. Ahora ensayan con premura el drama de Joaquín Dicenta, rotulado *Juan José*, drama de pasión, es decir, de ansias de goces y violencias de crimen, de anhelos humanos y reales desdichas; una obra que, sin duda se agarrará mucho tiempo á los carteles, como *La Dolores* y *María-Rosa*, porque tiene como éstas, alma, sangre y nervios que la dan vida.

Ignoro el efecto que ha producido la lectura de *Velay*, pero el nombre de su autor D. Leopoldo Cano, es una promesa muy halagadora.

Y el *Real*? ¡Oh! El Real como siempre, á caza de subvenciones, hecho un burócrata egoísta y hambrón, de los que ni aun cobrando catorce sueldos consigue satisfacer sus necesidades. Verdaderamente, las atenciones que ha de cumplir son muchas y el abono jamás dió para ellas. Pero ¿con qué derecho un espectáculo exótico, busca y alcanza lo que hace tiempo no alcanzaron, aunque de cerca lo busquen, los espectáculos nacionales?

Sin duda, sería una mala vergüenza que Madrid careciese de una compañía de ópera; pero es vergüenza mayor que carezca España de un Teatro Nacional, y que lo poquito que se hace por el arte dramático en esta pobre tierra, tengamos que agradecerlo á particulares iniciativas.

Pero son estos asuntos de mucha monta para juzgarlos de ligero; ya les concederemos el espacio y el estudio que necesitan, cuando llegue la ocasión.

Entre tanto, baste apuntar, que de las tres aperturas de teatros de primer orden á que asistimos, la del Real fué la menos lucida.

Óperas viejas que todo el mundo sabe de memoria, cantantes demasiado conocidos ó en exceso medianos, pobreza de indumentaria, y abandono inconcebible de los accesorios; por mucho que hagan el director, la orquesta, y algunos artistas de mérito, entre guiñapos y viejas romanzas, no es posible lucir.

Ni Wagner ya, ni Santa Cecilia con todas las músicas celestiales, animan el teatro, que aun en los mejores días de abono está desierto y sin calor...

Desierto de ilusiones, helado, porque si el fuego del arte falta, poco remedian el frío del público, las estufas encendidas y los descotes rasgados.

Los teatrillos por horas, deben ganar dinero, pues las gentes acuden á sus puertas con incomprensible afán. En la Corredera de San Pablo, en el pasillo de San Ginés, en la calle de Santa Brígida, véanse amontonadas, confundidas y estrujándose durante largo espacio, muchas gentes que se rebelarían si alguien les exigiera sacrificio tan penoso para cumplir alguna importante misión.

Y lo hacen, para ver una piececita insulsa las más de las veces, representada por cómicos no siempre aceptables.

No comprendo esa manera de gozar y divertirse, no comprendo que se resigne un pueblo á que le traten como un rebaño (pues no parecen otra cosa los que aguardan entre apreturas la terminación de una pieza para entrar á ver la siguiente, que ovejas en redil), no comprendo cómo no se obliga de una vez á esos teatros que den principio á sus funciones á la hora en punto, y tengan un reloj en el vestíbulo ó en la puerta para que los *pacientes* no se amontonen con anticipación excesiva.

Nor'es atrás, ví en Martín, á las *diez y medio*, una piecezucha que debió comenzar á las *nueve y media en punto*, según decía el cartel. ¿Esto es admisible?

Es necesario *hacerse* á las costumbres del país. Aquí solo se atiende á los detalles *pequeños* cuando perjudican á cualquier *grande hombre*.

Pero el *público*, el *pueblo*, el *transeunte*... ¿Qué significan esas cosas?

Diga usted que á las nueve y media necesitaba usted una hora de distracción y que á las diez y media tenía un asunto pendiente. Que por no cumplir la empresa, le obligó á perder su tiempo y su butaca ó á faltar á su obligación, después de privarle de un entretenimiento que necesitaba usted acaso á hora oportuna para templar su sistema nervioso, más excitado con la espera y el aire pútrido y caliente de un portalón infame, á donde se acojen todos por no acatarrarse aguardando en la calleja, ¡y qué preciosa calleja! construída sin duda para tránsito de pulmonías. Diga usted esto, y se reirán de usted y de su inocencia. todos, lo mismo el Gobernador civil que un guindilla irresponsable.

Y sin embargo: á usted le asiste un derecho, habla con juicio y tiene razón.

EL AMIGO FRITZ,



EN EL CAMARIN DE LA TIPLE



RAPIDOS

EL DIA DE DIFUNTOS

Cómo había de negarle su amante esposo el consuelo de rezar una plegaria y verter una lágrima sobre la tumba de su madre?

Sola ha salido de su casa: ha comprado un ramo de pensamientos y se ha encaminado al cementerio.

Con el sencillo traje negro, que se ciñe orgulloso y esbelto en aquellos contornos moldeados que envidiaría el artista más exigente; con el velo que apenas cubre su hermoso rostro, más hermoso aún por el tono de tristeza que respira en aquellos momentos; pálida, llena de emoción, po-

strada de hinojos é inmóvil ante la tumba ya adornada con las flores que su mano temblorosa colocó en ella, parece creación del genio, estatua del dolor, evocación sublime del poeta cuya loca fantasía soñara la fusión de la belleza y del dolor, del arte y la realidad, de lo divino y de lo eterno.

Fija la vista en el frío mármol, deja volar su pensamiento por el inmenso campo del pasado y un mundo de recuerdos se agolpan á su mente. Quiere rezar y no logra que sus labios murmuren una plegaria; desea

llorar y sus ojos permanecen secos. En vez de oración acude á su mente el dialogo breve y expresivo que sostuvieron la noche en que lleno de fe y de entusiasmo le declaró su pasión. ¡Qué días tan venturosos aquellos y qué tristes los que hoy consumen su existencia! Y volando, volando su imaginación ardiente, la ha transportado de aquella época de ventura á la horrible realidad del presente, de aquellos días en que soñara con la realización de sus amores y placeres á estos tristísimos en que ha tenido que entregar los tesoros que el otro admirara á un hombre que no los comprende.

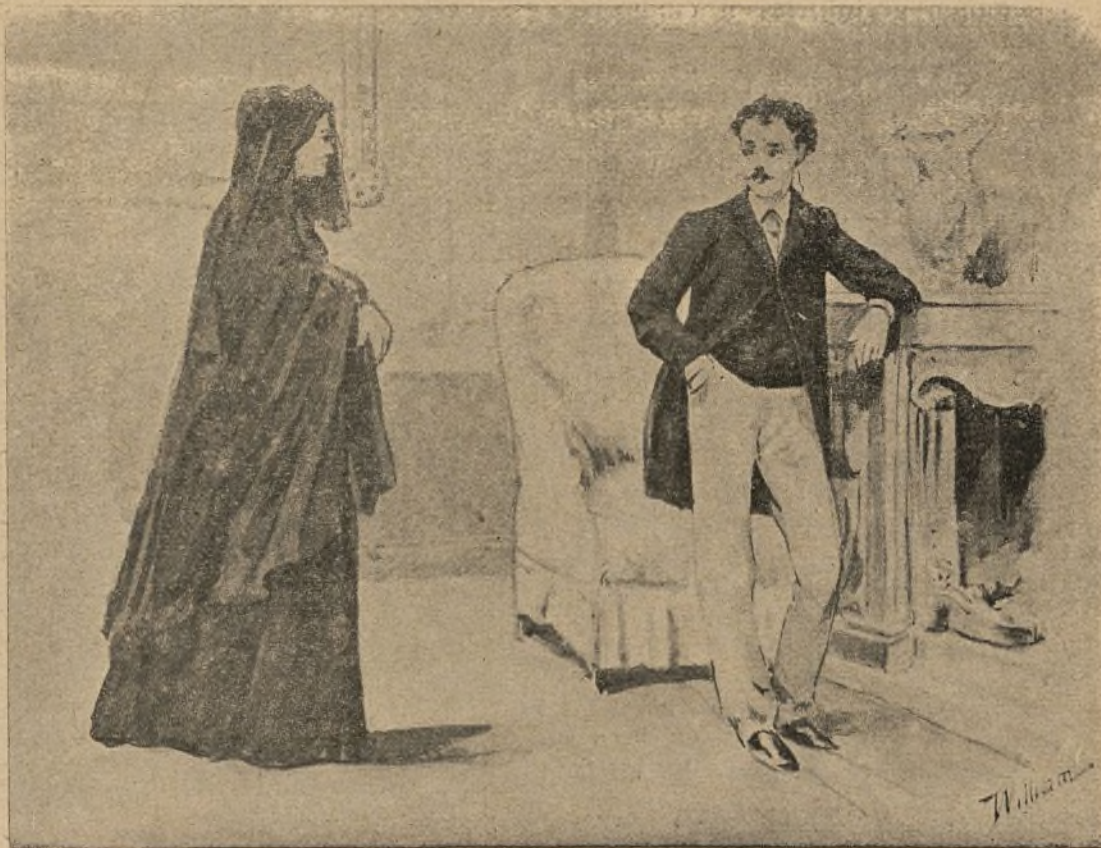
¡Pobre Alfredo! Así le paga sus atenciones, su cariño, los desvelos de su pasión. Le ha engañado miserablemente por venir á rezar por su querido muerto... ¡Si Alfredo lo supiera!

Sobrecogida por el temor vuelve el rostro. Ha creído escuchar rumor de pasos... ¡Si fuera el esposo! Pero no; acaso el ciprés vecino ha agitado sus ramas, ó tal vez su conciencia despierta la reconviene..

Pero ha ido á rezar por él, y aún no han murmurado sus labios una plegaria.

Su frente se inclina, reconcentra su pensamiento, y ora con fervor, con idolatría sin reparar que dos ojos, empañados por las lágrimas, la contemplan.

Son los de Alfredo, los del infeliz marido, que cuidadoso por su tardanza, ha ido al cementerio en su busca: los de Alfredo, que no han podido



servir de dique á las lágrimas arrebatadas por el dolor á su alma enamorada. En un segundo se han desvanecido sus ilusiones de amante. Creyó poseer el corazón de su mujer, su alma, su pasión toda y se ha convencido de que solo es dueño de aquellos encantos plásticos, los mismos que cualquier meretriz podía brindarle.

Y cuando dos horas después, de regreso en casa los dos, ella le pregunta la causa de su tristeza, Alfredo son terrible amargura, le dice:

— ¡Qué extraño es que esté triste! Hoy es día de difuntos y llovo como tú sobre la tumba de mis ilusiones muertas.

J. GONZÁLEZ FORTE.



LAS PRIMERAS LLUVIAS

(Composición y dibujo de G. de Federico.)

COMO SE HACEN LOS HONORES MILITARES EN FRANCIA

(DEL ÁLBUM DE CARAN D'ACHE.)



Al teniente coronel de coraceros.



Al ilustre veterano



Al mismísimo general.



Al subteniente de dragones.



A los jefes de Africa.



Al general de paisano.



Al capitán ayudante.



Al intendente



Al comisario.



A los alumnos creyendo que son CLASES.